MENSAJE DEL RECTOR MAYOR

Don Ángel Fernández Artime

**LA PEQUEÑA CIUDAD DE**

**LAS BIENAVENTURANZAS**

En la megalópolis de Chennai (Madrás), India, en el ambiente emocionante y lleno de vida de la ciudad, en medio de los enormes complejos industriales y magníficos templos, también hay una astilla luminosa de bondad salesiana.

Esta historia comienza hace muchos años, después de la infame Primera Guerra Mundial, en un pueblo de la Alta Italia, en una digna familia pobre de trece hijos.

Una noche, después de la distribución de polenta a los hermanos y hermanas, uno de ellos se dio cuenta de que sus padres se habían quedado sin ella. "¿Por qué tú y papá tienen el plato vacío?", le preguntó a la mamá. Ella dijo: “Esta noche no tenemos hambre". "Entonces tampoco yo tengo hambre", dijo él, y salió corriendo llorando, en el corral en la oscuridad. La mamá fue donde él, luego también el papá. Fue entonces cuando el pequeño Orfeo dijo con decisión: "¡Si me hago sacerdote, trabajaré sólo por los pobres, por los que tienen hambre, como tengo hambre yo esta noche!”

Orfeo Mantovani entró en el noviciado de los salesianos y en 1934 partió hacia las misiones salesianas en la India. La India se convirtió en su segunda amadísima patria. Su obispo era otro gigante salesiano, que tenía el coraje y la barba de los patriarcas, monseñor Louis Mathias, quien inmediatamente cumplió el deseo de don Mantovani confiándole las zonas más miserables de la ciudad de Madrás.

Se puso manos a la obra. Junto a un ferrocarril, en la tierra ennegrecida por antiguos yacimientos de carbón, comenzó a recoger los abandonados de los caminos, los abandonados por todos, los que ya no tenían fuerzas para vivir. Con ellos lanzó el desafío al "tigre negro", el hambre desesperada delos barrios bajos.

Así que el salesiano con una leve sonrisa fundó, pieza a pieza, como lo hizo Don Bosco, el Centro de Socorro Social: escuelas primarias diurnas y nocturnas, clínica y hospital gratuitos, leprosería, oratorio festivo. Cuando murió, otro salesiano tomó su lugar, y luego otro y otros, porque esta es la belleza de ser una gran familia religiosa. Y el lugar se convirtió en una ciudadela de caridad amorosa.

En esa ciudadela, en Chennai, entré hace unas semanas y para mí fue una experiencia magnífica. La obra se llama Bienaventuranzas y se conoce como la casa salesiana en la que se entra a la edad de tres años y de la que muchos salen al final de su vida, para encontrarse con el Señor. Bajo la sonrisa de Don Bosco "de la cuna a la tumba", dicen aquí.

Quizás les sorprenda lo que les escribo, pero he admirado el trabajo salesiano, el servicio que se ofrece a miles de familias, niños, adolescentes, jóvenes y ancianos. Y todo esto es fruto de la colaboración de tres Congregaciones de la Familia Salesiana: ¡esto es la novedad o la riqueza! Están los Salesianos de Don Bosco, las Hijas de María Auxiliadora y la Congregación llamada "Hermanas de María Auxiliadora" (SMA).

Los niños a partir de los tres años y los niños de la escuela primaria asisten a la escuela dirigida por las Hijas de María Auxiliadora. También dan la bienvenida a las adolescentes. Las hermanas SMA viven asistiendo hombres y mujeres ancianos que no tendrían otro lugar (y naturalmente ninguna asistencia social posible) para vivir su vejez hasta el final de sus días. La comunidad de los Salesianos de Don Bosco cuida de niños y niñas de diversas edades y niños pobres recogidos en la calle. Naturalmente, además de esto, visitan a las familias de la zona, que viven en gran pobreza, y cuidan de la parroquia.

En definitiva, parece, en cierto sentido, una "pequeña ciudad salesiana" por todo lo que allí se vive. Me impresionó profundamente y les prometí que hablaría de ello, que lo daría a conocer, porque como aprendimos de Don Bosco, el bien que se hace hay que darlo a conocer.

Aprecio mucho la colaboración que hemos establecido entre estas tres congregaciones de nuestra Familia Salesiana. Lo importante aquí no es quién es el dueño de la tierra o de los edificios, sino el bien que se hace y que se hace juntos, yendo al encuentro de los más pobres y frágiles (y pensamos en esos ancianos para saber qué son la fragilidad y la inseguridad), si no fuera por ese pequeño paraíso llamado las Bienaventuranzas que nuestro Dios ciertamente ha pensado para ellos.

Cualquiera que considere la pequeña ciudad de las Bienaventuranzas no puede evitar maravillarse con los resultados que un poco de amor compartido permite lograr. Cada día se garantiza la alimentación de 300 personas mayores, se presta atención diaria a más de 1000 niños de ambos sexos y más de 15.000 personas reciben una respuesta para sus diferentes necesidades, "todo casi sin costo". Las personas que entran en la pequeña ciudad de la Bienaventuranza ven con sus propios ojos estos "50 años de milagros diarios".

Los lemas característicos de esta casa son: "Servir a los enfermos es la mejor oración" (Mantovani), "Nadie tiene derecho a ser feliz solo", "Es posible dar sin amar, pero no se puede amar sin dar".

La gente cree que la pequeña ciudad de las Bienaventuranzas es una expresión tangible de la fidelidad de los salesianos al servicio de los pobres y la manifestación concreta de la providencia divina a su favor. Para los jóvenes de los barrios marginales es un oasis. Es una iglesia, una escuela, un campo para entrenar para jugar al fútbol, un gimnasio etc.

Y piensen que en Chennai hay 15 comunidades salesianas, que incluyen parroquias, escuelas secundarias medias y secundarias superiores (liceos), institutos técnicos, oratorios, centros de trabajo juvenil, centros sociales para niños y jóvenes en riesgo, casas de formación, una de las cuales es un seminario. El arzobispo, el clero y los laicos cristianos y no cristianos aprecian mucho las obras realizadas por los salesianos, en particular por su atención a la pastoral juvenil, por la misión que llevan a cabo al servicio de los más pobres y también por las escuelas de excelencia, que constituyen un buque insignia en el campo de la educación de calidad para todos.

Todo esto me habla de la belleza del Evangelio que se transmite por todo el mundo, a menudo con la fuerza y el silencio de la caridad; me habla del carisma de Don Bosco y del gran valor de haber querido llegar a los rincones más remotos del mundo. No me canso de recordar en nuestra Familia Salesiana que hoy los hijos e hijas de Don Bosco están en 134 países (el 72% de los países del mundo), porque en su época, cuando casi no había salesianos, Don Bosco quería que un primer grupo fuera a Argentina para ayudar a los emigrantes italianos y luego llegar a los nativos. Si se hubiera quedado solo en Italia, la realidad del carisma de Don Bosco sería muy diferente hoy.

Termino con las palabras pronunciadas un día por un funcionario hindú: "Si la religión cristiana puede producir hombres como el padre Mantovani, sólo puede ser divina".